

JAGUAR

George Dahl. (Traducción de Germán Galvis V.) Universidad Nacional de Colombia, Colección Popular, núm. 6, Bogotá, 1985

Se hace con frecuencia necesario mencionar algunos aspectos biográficos de ciertos escritores, especialmente cuando se trata de personajes tan interesantes como la misma obra literaria. Es el caso de George Dahl (1905-1979), científico y escritor sueco. En busca de nuevas especies de peces llega en 1936 a Colombia, esta "nueva tierra" o *Neo Gea*, como la califica en la introducción del libro; zonas lejanas de su natal y muy estudiada Suecia, en donde todo estaba prácticamente clasificado, incluyendo los grupos exóticos del norte: los lapones.

Influido tal vez por los escritos del alsaciano Luis Striffler sobre el Sinú y San Jorge, escogió esta comarca para sus estudios. Se internó durante casi dos años en la región del río Uré, tributario del San Jorge, donde convivió con los indígenas emberaes, aún poco conocidos actualmente. En 1939 regresa a su patria y publica *Jaguar*, y un año más tarde *Två år som indian* (Dos años como indio).

Dahl regresa en 1948 a Colombia y se radica en Sincelejo, perteneciente entonces al departamento de Bolívar.

Se dedicó por muchos años a la docencia en el colegio Simón Bolívar, complementando esta ocupación con clases particulares de inglés. Durante su estadía en Sincelejo, Dahl colaboró con las investigaciones de James J. Parsons y B. Le Roy Gordon, sobre geografía humana del Sinú y San Jorge. Los sincelejanos recuerdan a "mister Dahl" como un hombre de blanco vestir que pasaba horas observando los pececitos del pozo de Maja-gual, la quebrada de Colosó o dedicado a las faenas de la pesca en Tolú. La constancia investigativa de este ictiólogo lo llevó a publicar numerosos artículos científicos en revistas nacionales y extranjeras. En 1958 se vinculó a la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá como profesor de zoología, gracias al científico Federico Medem, con quien realizó algunas expediciones y publicaciones. Más tarde (1961), ocupó el cargo de jefe

del departamento de pesca de la Corporación Regional de los valles del Magdalena y del Sinú (CVM). En 1967 parte para siempre a su tierra natal, donde era más conocido como escritor y poeta.

De sus numerosos libros, más de quince tratan temas colombianos, entre los cuales *Jaguar* es la primera obra de Dahl que se traduce al español.

Jaguar es un ejemplo de la visión holística de este científico. El libro se caracteriza por las detalladas descripciones de la fauna de la región del río Uré. Está escrito a manera de una narración que linda con la novela; describe en ella el ciclo vital de los seres selváticos, mas no en forma aislada sino interrelacionada. Bajo el principio de selección natural los ve sometidos a un destino fatal. Dahl nos cuenta la constante lucha por la supervivencia: comer o ser comido; el libro es una apología a la tragedia en la naturaleza casi en un sentido teatral.

Todo el ensayo gira en torno al jaguar, llamado *Imamá* por los indígenas. A lo largo del texto describe el ciclo vital de este animal y cómo su vida se halla entrelazada con la selva. Dos personajes secundarios lo acechan e intentan dar fin a su papel dominante en la selva. Se trata, por un lado, del indígena representado como cazador que atenta contra todos los animales desde que hace uso de la escopeta. El otro personaje es el negro ribereño dedicado a la agricultura y temeroso de la selva.

Dahl exhibe en *Jaguar* un detallado conocimiento del comportamiento de los animales. Sin embargo, en cuanto a las descripciones de los emberaes de esa región, desconcierta con algunos datos que difieren de lo que se conoce de este grupo humano ampliamente disperso en el territorio colombiano. Clasifica a los indígenas de la región del río Uré y zonas aledañas dentro de un tipo de organización clánica, y relata, además, la existencia de tótemes. De acuerdo con los estudios

etnográficos, los emberaes no presentan clanes; se trata de parentelas de tipo cognático distribuidas a lo largo de un río. Dahl menciona que vivió con el clan Domicó, siendo éste un apellido que predomina en la región. Otro aspecto interesante es el referente a la diferenciación que hace de los jaibanás en buenos y malos, y a la relación de estos últimos con el jaguar.

De acuerdo con el autor, este animal personifica los espíritus malos. Ciertamente es que los jaibanás ejercen control sobre los muy diversos espíritus que pueblan el mundo; estos últimos son representados en bastones, cuya posesión posibilita al jaibaná el dominio sobre los espíritus. Cuantos más bastones tenga, tanto más poderoso. Pero el jaguar no desempeña hoy en día el papel preponderante que Dahl le atribuye. Lo cual no descarta la posibilidad de que en un pasado haya cumplido una función importante, y que con la introducción de armas de fuego dentro de las comunidades indígenas quedará finalmente relegado a perder su pretendida inmunidad.

Cabe resaltar, además, que los emberaes del alto Sinú y afluentes del San Jorge han sido poco investigados. El significado mágico del jaguar, en el sentido previamente descrito, no se limita a los indígenas. El autor menciona cómo en las creencias de negro ribereño el jaguar también se halla, esta vez en virtud de una tradición africana que lo asocia al hombre-leopardo, dentro de la cual se le combate con brujería.

Contrariamente, pasando por alto su propia caracterización de los jaibanás, el autor alude a la vida cotidiana de un indígena, llamado Do Chama, sin advertir su categoría de chamán. En efecto, en la descripción de un tratamiento que hace éste a su

hermano, lo vemos realizar una ceremonia de curación típica de un jaibaná: se invoca en ella los jais (espíritus representados en los bastones), con lo cual se muestra que Do Chama no es cualquier indígena cazador sino, justamente, un jaibaná.

Dahl deja traslucir en varios pasajes cierto etnocentrismo. Así, por ejemplo, en las referencias al manejo del tiempo por los indígenas (págs. 15, 33, 115) o en sus apreciaciones sobre los negros de Uré (pág. 129).

Dahl se nos presenta, además, como un naturalista con una óptica ecológica desde la cual el hombre aparece como destructor de la selva, pero, paradójicamente, no está él condenado al mismo destino fatal del jaguar (imamá) y de la selva.

Las observaciones de carácter antropológico que trae el autor resultan difíciles de evaluar, dado el desconocimiento que se tiene hasta el presente de los emberaes del río Uré y las zonas aledañas.

Algunos datos nuevos, como el atinente al simbolismo de la pintura facial y corporal (pág. 178), requerirán de un trabajo de verificación.

Aparte de los datos ocasionales, de vitalidad para el antropólogo, el logro del libro reside en la viva proximidad a la naturaleza selvática. Al dibujar su belleza e invitarnos a reflexionar, nos queda un hábito melancólico que nos trae a la conciencia cuán distantes estamos de la naturaleza.

AUGUSTO OYUELA CAYCEDO

Nota: Agradezco la colaboración y comentarios del doctor Germán Galvis V. y de los antropólogos Mauricio Pardo y Patricia Vargas.

